

EL TABIQUE

Mi madre me alumbró en casa. Cientos de veces la escuché lamentarse de que la habitación se había inundado como si estuviera maldita, que tuvieron que sacarnos a rastras y que casi perecemos ahogadas. Con los últimos gritos de dolor y mi cabeza aflorando para recibir la vida, comenzó a llover a través del techo como si nos hubiera pillado a la intemperie, y no volvimos a pisar aquel dormitorio, enloquecido con el oleaje embravecido que se había formado dentro, como un aguacero desbocado.

Habría quedado en una anécdota si no hubiera sido porque, una vez que me rescataron de sus brazos cansados y hasta el día en que todo cambió, no volvió a tomarme entre ellos. Hasta entonces, jamás sentí el calor de su regazo ni me acunó para sosegar mi llanto. Me repudió como si yo hubiera sido la responsable de aquella tormenta, y fui criada por otras madres que acudían a ofrecerme su leche tibia, para que no muriera siendo tan indefensa.

Mi hermano había nacido tres años antes, y su presencia alegraba todos los rincones de la casa. No del dormitorio conyugal, cuya puerta mi madre tapió para no guardar recuerdo de la madrugada de mi llegada.

Era fácil querer a mi hermano. Se asomaba a la cuna para ronronearme las nanas que había aprendido de mi madre y de las vecinas, que lo adoraban porque había venido al mundo con una belleza y un ingenio mágicos. A mí, la tempestad debió de volverme gris. Mi piel, incluso cuando el sol la caldeaba, se revelaba macilenta, como cubierta de cenizas y escamas. Un pez fuera del agua. Crecí con los ojos empachados de lágrimas, tal vez del mismo temporal, y ella apartaba la vista para no verse obligada a consolarme. El pelo me brotaba ralo,

como si los poros estuvieran atorados y las raíces se pudrieran en los folículos. No hay quien me saque de la duda, pero siempre pensé que mi madre, si se hubiera atrevido, habría preferido echarme al olvido, relegarme al purgatorio a pesar de estar viva.

Aprendí todo tarde y, cuando lo hice, fue por el empeño de mi hermano. Tan pequeño, insistía en enseñarme a vocalizar. Me hablaba para que copiara su aprendizaje. Más adelante, cuando llegó el momento de las letras y las cuentas, se sentaba conmigo y me explicaba paciente lo que él había aprendido no hacía tanto. A los ojos de nuestra madre, él era luz y yo tinieblas; él regalaba alegría mientras yo, en sigilo, me movía como una sombra siniestra.

Mi padre nos abandonó el día en que mi madre sintió en su vientre mis primeras patadas. Debió de pensar que era él quien le propinaba los golpes, porque a partir de entonces despreció su nombre. Tal vez, fue el mismo día que se alejó de nosotros, de la misma rabia, cuando mi madre empezó a rechazarme, cuando aborreció a esa criatura que estaba por llegar. Supe de mi padre por el libro de familia, donde aparecía como hija suya, aunque mi madre había tachado torpemente la hoja donde se reflejaba el día de mi nacimiento. Una no añora lo que no ha conocido, pero sí es capaz de sentir el vacío. Mi hermano, a pesar de que nos separaban solo tres años, siempre estuvo a mi lado y, sin proponérselo, trató de suplir su ausencia.

Tuvo que ponerme a prueba el destino para demostrar mi inocencia, para que me perdonara por actos que no había cometido, para que mi madre me mirara, aunque solo fuera un instante, con un gesto de bondad y cariño. Después, todo cambió. Habría dado mi vida por él. Mi hermano, mi querido hermano.

Habíamos ido a pasar la tarde al río. Ella tendió una manta a la sombra de un chopo y colocó los cubiertos del pícnic. Yo me acomodé bajo otro árbol fuera de su alcance. Así lo hacía siempre para huir de su campo magnético, que, como polos de un mismo signo solo lograba repelerme. Se dispuso a leer un libro, y mi hermano vino a mi rescate para que jugáramos en la orilla. El cauce iba crecido después de una primavera de lluvias generosas. Los dos reíamos en la ribera. Había crecido en el último año y se mecía sobre sus piernas largas como juncos. Nos revolcábamos sobre la hierba, nos levantábamos y volvíamos a caer muertos de risa. Ella fingía estar enfrascada en la lectura, aunque yo sabía a ciencia cierta que fijaba la vista en el libro para eludir nuestra felicidad. Hacía calor, tanto que nos despojamos de la ropa y, en bañador, nos lanzamos al agua. Atravesé el río nadando y me senté sobre una roca. El agua era el medio donde mejor me desenvolvía aunque nadie me hubiera enseñado a nadar. Alguna vez he pensado que aprendí al nacer para no morir ahogada en ese mismo momento. Mi hermano empezó a bracear, pero apenas avanzaba. Aun así, hasta que no lo vi metido en el remolino, no me percaté del peligro. No cubría demasiado, pero, asustado, había perdido el equilibrio y comenzado a gritar. No recuerdo el momento en que ella se levantó y arrojó el libro sobre las ramas que enredaban el cauce. Solo me viene a la memoria su figura en la margen gritando que lo salvara. Nadé sin esfuerzo, como si me hubieran florecido aletas en las extremidades y los pulmones se hubieran abastecido de todo el oxígeno de mundo, y alcancé a mi hermano, que ya solo tragaba agua. La corriente lo arrastraba. A pesar de ser más menuda, tiré de él y lo remolqué hasta la orilla.

Aquel día fue el primero que mi madre me cubrió de besos. Acto seguido, como un chispazo, un calambre similar a un fagonazo, me apartó y regresó junto

a él, que estaba tiritando sobre la hierba. Lo arropó con la manta y se tumbó a su lado. Mientras tanto, mi hermano tanteaba la hierba, me buscaba para sentir mi presencia. Le acerqué la mano y la apretó. Mi madre, avergonzada, se tapó la cara con las suyas. Lloraba. Le acaricié el pelo como se hace con un animal herido y así quedamos los tres conectados durante unos minutos que me parecieron una eternidad.

De vuelta a casa, con ayuda de una maza, derribó el tabique de su habitación. Gritaba enloquecida mientras las esquiras saltaban por el pasillo. El olor a moho se coló por toda la casa y tuvimos que abrir las ventanas para poder respirar, ventilar todo el dolor que se había acumulado en la estancia durante años. Agotada, se sentó en su balancín. Temblaba como una hoja a la que el viento está a punto de desprender de la rama. Comprendí que ya todo era cuestión de tiempo. Solo tiempo. La calidez del verano se encargaría de secar los muros del dormitorio.

ANA OZORES